

¡DIOS, QUE BUEN VASALLO!

Antonio Ávila Chuliá

“Los males que no tienen fuerza para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia”.

Miguel de Cervantes

Concluida la copiosa lluvia primaveral, con buen tiempo y el ánimo dispuesto, encaminé mis pasos, en esta ocasión, hacía la Iglesia de San Vicente de la Roqueta, hoy llamada de Cristo Rey, extramuros de la ciudad de Valencia; edificada sobre un montículo de roca, donde según la tradición recibió martirio el diacono Vicente, allá por el siglo IV; en dicho lugar se erigió un “martyrium” sobre su tumba, emplazada junto a la antigua Vía Augusta que cruza la ciudad del Turia. En tiempos del dominio árabe, la iglesia estuvo abierta al culto, en su entorno se agrupaban los cristianos, los mozárabes valencianos, instaurando un arrabal fuera de las murallas que recibe el nombre de San Vicente o Rayosa.

Sobre alto pedestal de piedra, rodeado de un espacio ajardinado se encuentra, en el comienzo de la Gran Vía de Ramón y Cajal, adyacente a la llamada plaza de España, enfrente de la antigua “ermita” de la Roqueta, apenas alejado del repuesto monumento a San Vicente Mártir, este otro del Cid Campeador, obra de la escultora norteamericana Anna Hyatt Huntington, viuda del gran hispanista Archer Milton Huntington; copartícipe del amor a España de su esposo, obsequia, además, la costosa fundición de la estatua ecuestre, en torno a los tres millones de pesetas. La obra es versión exacta, fundida por el escultor Juan de Avalos, de la existente ante la Hispanic Society de Nueva York fundación de Mister Huntington, el traductor del Poema del Cid, amigo de Sorolla. El caudillo burgalés monta a Babieca, pecho al descubierto bajo el amparo de la cruz, su antebrazo izquierdo sostiene el escudo protector, mientras su diestra empuña triunfal el grimpolón o divisa de sus mesnadas. Lo observo con atención, mientras brujulean en mi mente las enseñanzas del colegio recibidas en mi niñez durante las clases de lectura del Cantar de Mío Cid, saga narrativa de las hazañas heroicas inspiradas libremente en los últimos años de la vida del caballero castellano Rodrigo Díaz, el Campeador. Su gente le sigue ciegamente al destierro, sin proferir una sola queja, saben lo que les aguarda; mientras cruza Burgos, las mujeres, niños o varones, con lágrimas en los ojos, se asoman a las ventanas para verle partir; de los labios de todos sale la misma razón: "¡Qué buen vasallo sería si tuviese buen señor!"

Resulta cuanto menos curioso que, más de ochocientos años después del cantar de gesta anónimo, la dichosa frase se haya ganado por sí sola un puesto de honor entre la ciudadanía, si la trasladamos al momento presente y aplicamos con conveniencia. Recordemos, El Cid Campeador dirige sus huestes que lo siguen, tanto en las victorias como en la adversidad del exilio; creo que en nuestra España hace falta un buen “señor”, guía capaz de encauzar con eficacia a los empresarios en esta dura marcha atrás, en esta regresión económica, en este menor crecimiento que sobrellevamos como podemos; ¡sufrir, soportar, padecer, aguantar!, de acuerdo, tan solo pedimos a quienes llevan la dirección del país acierten en sus previsiones y nos revelen hasta cuándo hay que resistir, a fin de evitar que la insufrible espera no arruine más las empresas y liquide la ilusión de los jóvenes empresarios. Entiendo, sabemos, que la pobreza poco a poco nos atenaza a todos, el estado del bienestar desaparece a pasos agigantados y el desarrollo en España se hace insostenible.

Desde hace unos cuatro años, tanto empresarios, como empleados públicos, asalariados, jubilados... padecemos el golpazo de la recesión económica, pese a las informaciones que anunciaban signos evidentes de recuperación; juntos, la casi totalidad de la ciudadanía y el

empresariado, hemos tenido que reducir sin piedad, de modo drástico, radical, la mayoría de los gastos, comenzando así un camino de frugalidad, sin darnos cuenta del alcance social que supone el revés de fortuna. Es significativa en esta regresión la aparición de ciertos síntomas de cansancio, desaliento que va brotando en nuestra sociedad; acosado por los impuestos, los pagos, y, como no, de los impagos; todo se soporta con mansedumbre, silencio de las mayorías, y la abnegación de los españoles. Para ciertos empresarios esta situación es como un campo de batalla, entre la razón y la locura, angustiosa conformidad, con los nervios destrozados, pues como muchos trabajadores, también los patronos han tenido que ceder sus propiedades para saldar sus deudas, aderezado además de serenidad y confianza en su empresa. Llegados a este punto precisamos que quienes nos gobiernan sean capaces de dirigirnos, administrarnos, encauzarnos, animarnos, creer con todas sus fuerzas en el futuro inagotable como así lo hiciera antaño el caballero burgalés con sus tropas, pese a conocer el dudoso futuro que le aguardaba en la proscripción. Sólo cerrando las puertas detrás de uno se abren ventanas hacia el porvenir.

Hace falta ayuda para globalizar e internacionalizar nuestras empresas, ese es sin duda nuestro bisoño pasaporte, reclamamos un nuevo terreno de juego: la innovación, coartada que justifica sin duda la actitud, la ambición de nuevos horizontes. No olvidemos que la globalidad junto a la creación y la difusión tienen sentido si existen emprendedores que la recorran, España los posee, además a corta distancia, tan solo a la de un apretón de manos. Así sea.



Imagen del Cid Campeador en Burgos



Imagen del Cid Campeador en Valencia